

Los Escipiones, admiradores apasionados de la civilización helénica, llevaron a Roma los placeres venatorios más en boga en el Ática y el Peloponeso.

El joven Escipión Emilio hizo su aprendizaje como cazador bajo la dirección de los maestros de venación del Rey de Macedonia, reino que le cupo como parte de botín dado por Paulo Emilio, su padre adoptivo.

De regreso a Italia, continuó entregándose a este ejercicio en compañía del célebre historiador griego Polibio, que estaba con

otros en Roma en calidad de rehenes. La juventud patricia siguió con ardoroso entusiasmo las huellas trazadas por Escipión; y el poeta Terencio, otro de los protegidos de aquella ilustre familia, nos refiere, en *Adriana*, la pasión de los jóvenes de aquel tiempo por los caballos y perros de caza ⁽¹⁾.



Roma.—Caza del jabalí

Estos ilustres ejemplos no pusieron freno a la lengua de Salustio, que ocultaba, bajo un manto hipócrita de austeridad, el epicureísmo de su vida, tachando de ocupación servil (*servile officium*) un arte que no habían desdeñado Platón, Jenofonte, ni aun su ilustre

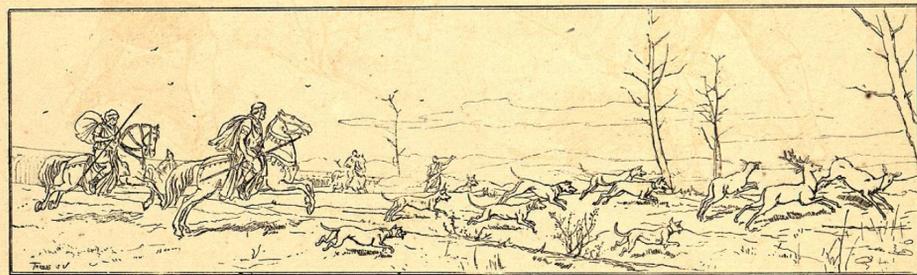
contemporáneo Cicerón. Este preclaro orador, que quizás por sus hábitos graves y estudiosos podía mirar como frívola la diversión de la caza, la declaró muy honrosa é imagen viva de la guerra.

Las discordias civiles detuvieron los progresos de

los romanos en el campo cinegético.

Cuando tras la tempestad vino la bonanza, y el mundo respiró bajo el reinado de Augusto, entonces los romanos se entregaron de nuevo a los placeres venatorios.

El sucesor de Julio César, afanoso de avivar entre



Caza de venados

los pueblos el gusto varonil y salutífero de la vida campestre, hizo que los poetas que le rodeaban cantasen los placeres del campo, y la caza no fué olvidada.

(1) *Quod plerique omnes faciunt adolescentuli
Ut animum ad aliquod studium adjungant aut equos
Alere, aut canes ad venandum.*

Catilina, para atraer á su partido á los jóvenes patricios, les regalaba caballos y perros de caza.

Virgilio consagró á los esparcimientos cinegéticos algunos bellísimos versos de sus *Geórgicas*.

Los cachorros laconios,
y el perro Epiro criarás con suero;
que á los lobos ausonios
no temerás, ni al español guerrero,
como estén tus guaridas
de tan valientes guardas guarnecidas.

Persigue al fiero onagre,
y caza con los perros á la liebre;
el venado consagra
sus cuernos al cuchillo y se los quiebra;
y á la red industrioso
trae acosado al jabalí cerdoso.

Horacio se ocupó también de la caza, colocándola en el primer rango de los placeres campestres, unas veces lanzando á los mismos algunos dardos inofensivos, como en el retrato que hizo de un cazador jactancioso, que atravesaba muy de mañana el foro, lleno de armas, seguido de criados y perros, y que regresaba



Caza del león entre los romanos

de noche llevando atado sobre un mulo un jabalí que había comprado ⁽¹⁾; ó bien en los deliciosos perfiles del mancebo patricio que al salir de manos de su pedagogo

no sueña más que en caballos y perros; y del cazador apasionado que abandona su hogar y su esposa en lo más crudo del invierno para ver á sus perros perseguir á los ciervos, ó combatir el jabalí *Morses* ⁽²⁾.

Pero el mejor elogio de la caza se halla en dos versos de una epístola de Horacio, en que el inspirado poeta vindica á la venatoria de los injustos desdenes de Salustio y de su *servile officium*, calificándola de viril y

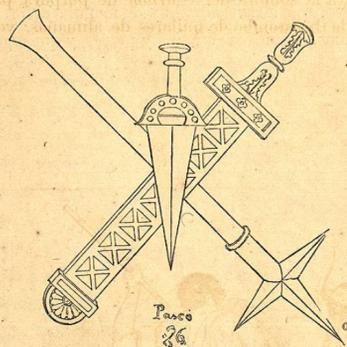
(1) *Venemur ut olim....
Gargilius, qui mane plagas, venabula, servos
Differtum transire forum populiumque, jubebat
Unus ut e multis, populo spectante referret
Emptum mulus aprum.....*

(Epist., lib. I, 6)

(2) *Odisea*, lib. I.

solemne, digna de los romanos, útil á su renombre, vida y reposo ⁽¹⁾.

Gratius, contemporáneo de Ovidio, y por consiguiente



Roma.—Maza, espada y puñal de caza

de Virgilio y Horacio, compuso, sobre la caza, un elegantísimo poema, que es el más añejo libro latino sobre aquella materia. Hállanse en el poema noticias y datos preciosos acerca de las diversas castas y razas de perros y caballos, y sobre las armas y artificios empleados por los romanos.

Las obras poéticas de Lucano y de Séneca, el trágico, contienen algunas páginas notables sobre caza.

Los romanos, discípulos de los griegos en materia de caza, usaban siempre redes y telas (*retia*, *casses*, *plegæ*), lazos (*laquei*), trampas (*pedicæ*), cuerdas (*pinatum formido*).

Las cazas romanas se organizaban en mayor escala que las griegas. Ordinariamente formaban vastos recintos con redes y cuerdas. Numerosas bandadas de ojeadores y de jaurías se lanzaban contra los animales, mientras hombres á caballo impedían que forzaran la línea de las redes; y á esto se apellidaba *indago*.

Para estas cazas, que exigían un personal considerable, los grandes propietarios romanos mantenían, entre su *familia rural*, esclavos cazadores, divididos en cuatro clases: *vestidores* (criado encargado de los sabuesos), *indagadores* (personal encargado de colocar las redes), *alatores* (ojeadores), y *pressores* (los que mataban las piezas cogidas en las redes).

Los romanos cazaban casi siempre á caballo; sus

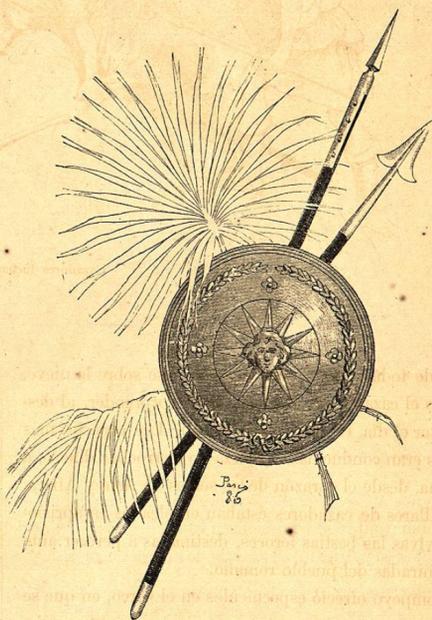
(1) *Romanis solemne viris opus, utile fama Vitæque et membris....*

(*Epist.* 18 lib. I.)

armas eran el arco y la flecha, el chuzo ó venablo largo de hierro (*lato venabula ferro*) y la jabalina aguda (*verutum*). Estas armas tenían un apéndice en forma de púa (*furcula*), ó de rodela (*totos clausurum orbibus enses*). Los romanos usaban, además, diversas suertes de dardos. El cuchillo de caza con hoja encorvada fabricada en Toledo (*culter venatorius*, *culter Toletanus*) servía, como hoy, para matar un animal acorralado por los perros y hacer la ralea, y una podadera para cortar las ramas.

Gratius, de una manera muy entretenida y curiosa, describe el traje de un venador romano subalterno (*famulus*). Las piernas hállanse protegidas por pequeñas bandas. Lleva un saco (*mantica*) de piel de buey, una clámide corta y un casquete de piel de tejón (*canâque ex mele gaterus*); un cuchillo de Toledo ciñe sus flancos, y su mano enarbola una red.

El retórico Philostrato, que escribió un siglo después de Gratius, describe un cuadro de caza que adornaba un pórtico de Nápoles: dice que, para atacar á caballo un jabalí, el cazador llevaba coraza, y cubrían sus pier-



Roma.—Venablos y rodela

nas una canillera ó *nemides*. Otro cazador del mismo cuadro cabalgaba sobre un corcel blanco, adornado con

túnica levantada, y fija á la mitad de la pierna, y con mangas arremangadas hasta el codo.

La caza pasó algo de moda en tiempo de los emperadores viciosos y crueles que sucedieron á Augusto.

La aristocracia romana se apasionó cada día más por los juegos del Anfiteatro y por las carnicerías, á los

que se prostituía apellidándolos placeres venatorios (*venationes*).

Era más dulce y cómodo á los hijos degenerados de los Escipiones instalarse muellemente en las gradas del Circo, á la sombra del *velarium* de púrpura, para asistir á la hecatombe de millares de alimañas, veni-



Cazadores luchando con un león

das de todas partes, que ir á tenderse sobre la nieve, como el cazador de Horacio, para sorprender, al despuntar el día, el ciervo ó el jabalí. Las especies más raras eran conducidas, á fuerza de derrochar dinero, á Roma, desde el corazón de las selvas de Asia y Africa; y millares de cazadores estaban empleados en apresar vivas las bestias feroces, destinadas á perecer ante las miradas del pueblo romano.

Pompeyo ofreció espectáculos en el Circo, en que se mataron, en pocos años, cuatrocientas panteras, seiscientos leones y veinte elefantes. Tito hizo perecer de una vez nueve mil animales, y Trajano once mil. En tiempo de Felipe el Árabe, un día se mataron treinta y dos elefantes, diez alces, diez tigres, sesenta leones,

treinta leopardos y cuarenta caballos salvajes. Probus levantó un bosque en el Circo, en que se mataron mil ciervos, mil jabalíes y cien leones.

Multitud de especies que nuestros sabios, con gran dificultad y hace pocos años, han logrado adquirir para los jardines zoológicos, entre otros la girafa, el rinoceronte, el hipopótamo; habían muerto en los juegos del Circo. Una ley, que fué, sólo en parte, derogada por Justiniano, vedaba, bajo pena capital, á los habitantes, matar leones, á fin de reunir bestias feroces para el Circo.

No hemos de perder tiempo en largas disquisiciones históricas. Los placeres venatorios aislados, de caza de ciervos, aves, conejos y liebres, fué diversión favorita